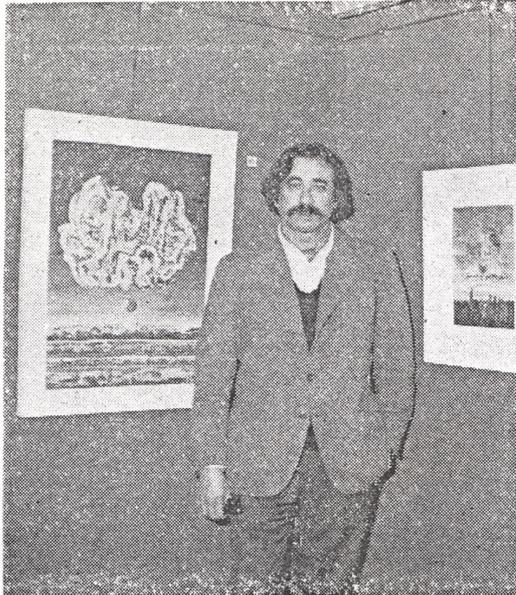


Pintura de Ramiro Tapia

FARO DE VIGO

18-NOV-1977



Si el afán de investigación —y en toda expresión artística debe darse— es inicialmente nota positiva en la pintura, Ramiro Tapia resulta sin duda en su nueva exposición viguesa, un artista de gran interés, porque su obra puede gustar o no, que esto sería secundario, pero no puede dejar indiferente al más desatento espectador. Constituye una constante preocupación por la búsqueda de nuevas formas de expresión, a base de utilizar cuantos elementos probados como positivos se han dado en la pintura. Y no hablemos de abstracción o informalismo, pues estos asuntos, estas imaginaciones no sólo no son abstractas, sino que son archiconcretas. Lo que ocurre —y esto es viejo, pero hay que repetirlo a tiempo— es que el ojo humano está condicionado por la habitualidad y se sorprende, pareciéndole nuevo, todo aquello que no está en su mundo cotidiano.

Ramiro Tapia ha conjugado su maestría de pintor, su formidable oficio, manifestado ya en el figurativismo exquisito de la exposición del pasado año, referencia suficiente para quien no conozca la trayectoria toda del artista, con un cerebralismo evidente, pirueta peligrosa de la que sabe salir airoso, pues pese a todos los alardes intelectuales, Tapia no

olvida que el pintor debe manifestar en cada cuadro esa fruición inefable que es pintar, máxime si obligado por el surrealismo al que se afilia, ha de determinar hasta lo microscópico la morfología de vísceras, anatomías u objetos.

Del mundo onírico toma Tapia elementos habituales, a los que ha tratado con un sentido muy personal del realismo mágico, sólo apto, como hemos dicho, para quien conoce y domina todos los recursos de la pintura, y puede llevarlos en minuciosidad exquisita a la tela o el cartón. Así vemos esos horizontes infinitos, esas atmósferas ideales, en las que gravitan radiografías de seres humanos, pormenores del cerebro, anatomías inconcretas, o en los que se asientan, con rotundidad geométrica, de divina proporción, círculos, esferas, que recuerdan o se identifican con el caparazón de una criatura del reino animal cuya apreciación detenida permitiría estas delicias propias de la labor entomológica.

Mas en este juego hay algo más que unos concretismos magizantes, porque reside en ellos toda una simbología, o tal vez habría que decir que esa sugerencia constante de símbolos está servida por la referencia de estos elementos archiconcretos, aunque recreados, reinventados por el pintor.

Quizás necesite esta pintura una contemplación lenta, inclusive morosa para gozarla en toda su delicia. Porque su frialdad aparente se carga de emociones semejantes a las que da la miniatura medieval cuando le dedicamos toda la atención que merece. Y si lo medioeval emparentaba con lo oriental, mimo, precisión, pulcritud insuperable, como la de persas y chinos, tienen estos cuadros de Ramiro Tapia, sentidos, plenamente sentidos, por un hombre de hoy; un hombre de nuestro tiempo atento a cuanto sucede, configurado por el mundo entorno, dispuesto a dar testimonio gráfico, personalísimo, del caos y la crisis espiritual de un presente que configura un futuro incierto.

Inquietadora, preocupante pintura, pero pintura sobre todo, esta obra de Ramiro Tapia, que ejerce sobre el espectador una atracción de hechizo y le produce, en definitiva, un goce inmenso, a poco dotada intelectualmente que esté su sensibilidad natural.—P.